



Paz y Bien



XXV Domingo durante el año.  
24-IX-2006

Textos:

Sab.: 2,12. 17-20.

Sant.: 3,16 – 4,3.

Mc.: 9,30-37.

“Ellos (...) habían estado discutiendo sobre quien era el más grande”.

La Palabra de Dios que salva, también nos ilumina, fortalece y ayuda a transitar en este tiempo de confusión y “despiste”.

Cuando se oscurece el horizonte de la familia humana, cuando se alzan los nubarrones del desencuentro de los pueblos, debemos implorar al buen Dios que guíe a su Iglesia para que cumpla su misión de ser en Cristo “Luz de los Pueblos” (L. G. 1).

La Iglesia debe crecer, a la luz del Concilio, en la autoconciencia, de su ser y misión; para no sucumbir ante la concepción de que el cristianismo sería una doctrina para niños indefensos y para los que quieren convertirse en tales, en definitiva para gente débil.

Debemos evitar las malas interpretaciones de la paradoja que Jesús plantea a los Apóstoles, que discuten sobre quien es el primero, diciéndoles: “El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y servidor de todos”.

Debemos estar atentos a nuestra actitud como discípulos de Cristo: ni humildad como “política” de quien se achica para ganar; ni “servicio” para agrandarse con él sobre los servidos. Muchos “sirven” pero para “servirse”.

Debemos tener cuidado con la interpretación de la figura del niño que Jesús nos propone. No debemos caer en blanduras, tan en boga hoy y quedarnos atrapados de un sentimentalismo insulso, de una pequeñez blanda o de una falsa humildad.

Hermanos, somos miembros de una cultura que nos debilita en su obsesión de negar a Dios.

“Estamos llegando al peligro extremo de una oposición o confrontación mundial entre fe y laicismo. Y cuesta entender este Occidente que mata sus propios dioses fundadores en nombre de un cada vez más difícil y excluyente «consumismo del placer»” (Abel Posse: La Nación, 1-IX-2006).

Nuestra Patria no está ajena a esta tendencia, y estamos, especialmente entre nuestros jóvenes, anulando todo sentido de lo heroico (cof. Id).

Los cristianos estamos llamados a ser gente fuerte, viril, que se alimentan de un pan que llamamos “el pan de los fuertes” (Oración post-comunión. Mártires de Corea). Nuestra fuerza proviene de la Cruz y del Espíritu de Dios.

También Jesús nos enseña que el poder es servicio, por esto es tan grave su corrupción, y para afianzarse, descalifica al otro, no reconociendo las virtudes y grandezas del opositor, es una estrategia común de la mediocridad cultural de nuestro tiempo (cof. Mons. Bergoglio).

Lo que impide vivir el poder como servicio es el desmadre de la “lóbido dominandi”, que nos empuja a “la soberbia del internismo faccioso”, el más cruel de los deportes nacionales” (id), del que no siempre estamos ajenos en nuestras comunidades, como no estuvieron ajenos los apóstoles, cuando discutían en una interna del colegio apostólico, sobre quien de ellos era el mayor.

Las internas en la Iglesia, en los grupos, en las instituciones y no pocas veces en el clero, es el modo de “pastorear” del Diablo, que divide y rompe la comunión, no sólo en la Iglesia sino en la sociedad, mediante la difamación y el chisme, cuando se bastardea o se

intenta eliminar las instituciones, en definitiva la que bloquea y neutraliza el servicio, es la instalación de la mediocridad en nuestros corazones, mediocridad que los achica.

Jesús nos invita a liberarnos de toda mediocridad que esclaviza y nos pide la grandeza que “dilata el corazón” (Cof. San J. Crisóstomo); sólo así podremos servir al hermano y superar las diabólicas internas.

Jesús quiere que sigamos su ejemplo para que (la comunidad humana) nuestras comunidades sean un lugar de comunión y servicio y no de dominación. “Por eso, tenemos que considerar todo ejercicio del poder que no sea desde el principio un servicio -también en el campo de la política- como una enfermedad y no como algo normal” (Karl Barth, “Comunidad civil y comunidad cristiana”).

Hermanos, “el ansia de poder y grandeza, que es la causa de no pocas guerras y conflicto entre los hombres, no conduce a nada porque el «ambicioso», el «codicioso» es contradictorio en sí mismo. Ambiciona cosas que contradicen su naturaleza, vive en el «desorden» y se opone a «la sabiduría que viene de arriba»” (Von Balthasar).

Sólo una cosa aleja al hombre del hombre, es la suficiencia, el hinchazón que impide que nos abramos a Dios y a los hermanos; es del corazón del hombre de donde provienen las luchas y querellas, las palabras de Santiago adquieren en nuestra hora una lamentable y dolorosa actualidad cuando dice: “Ustedes ambicionan, y si no consiguen lo que desean, matan; envidian, y al no alcanzar lo que pretenden, combaten y hacen la guerra”.

Ante la violencia de todo tipo, no debemos olvidar las lúcidas y proféticas palabras de Pablo VI en la ONU, cuando como un redivivo Juan Bautista, decía a las Naciones: “Es imposible ser hermano si no se es humilde. Pues es el orgullo por inevitable que pueda parecer el que provoca las tiranteces y las luchas del prestigio, del predominio, del colonialismo, del egoísmo. El orgullo es lo que destruye la fraternidad” (1965).

Coronando su mensaje les exhortaba: “¡Nunca jamás la guerra!”, y citando a John F. Kennedy afirmaba: “la humanidad deberá poner fin a la guerra, o la guerra será quien ponga fin a la humanidad” (id).

Pidamos al buen Dios que arranque toda violencia de nuestro corazón y que su Iglesia sea germen de comunión entre los hombres, sin renunciar o traicionar la verdad sobre Dios y sobre el hombre.

Amén.

G. in D.